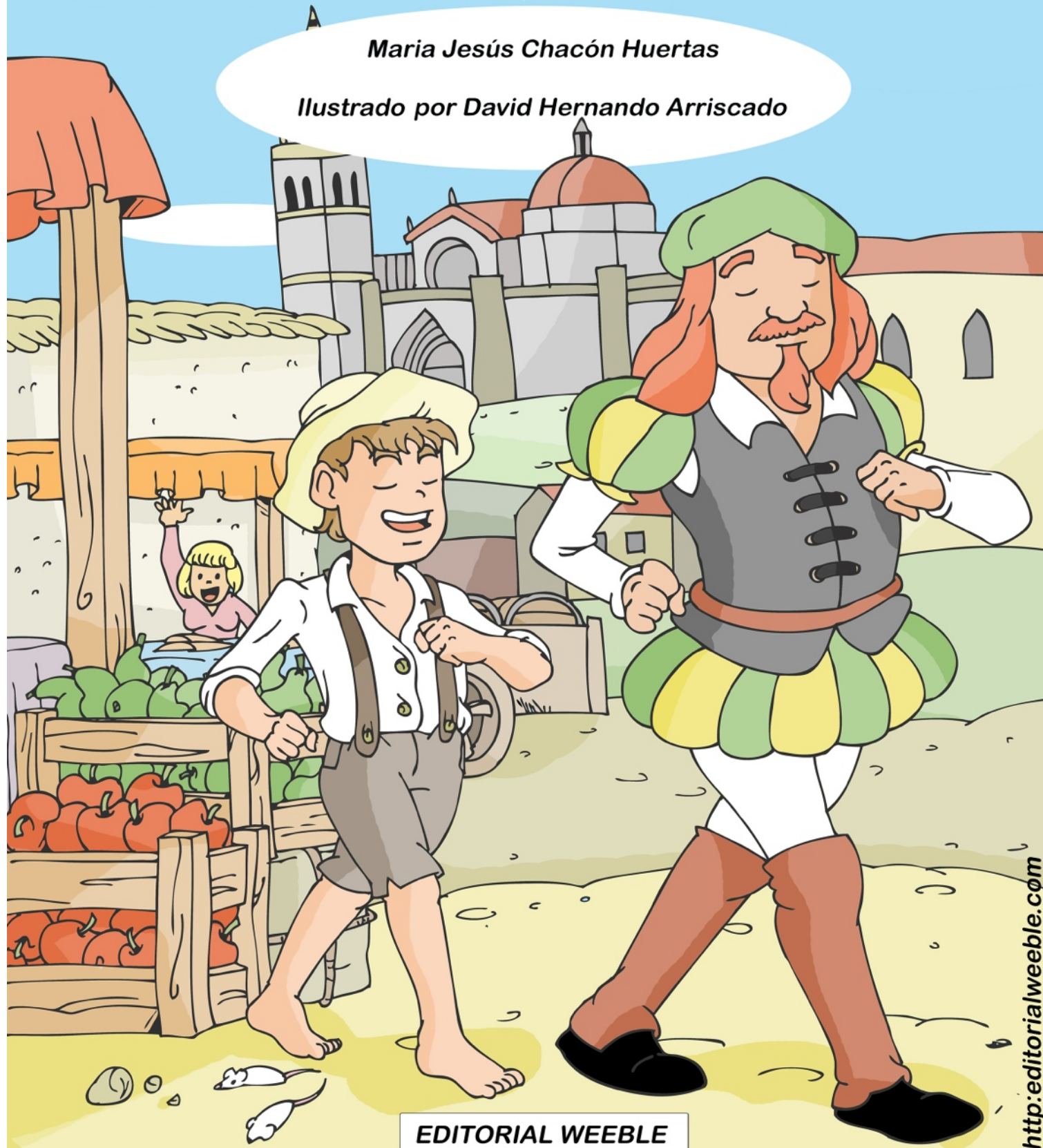


EL LAZARILLO DE TORMES

Maria Jesús Chacón Huertas

Ilustrado por David Hernando Arriscado



EDITORIAL WEEBLE

<http://editorialweeble.com>

EL LAZARILLO DE TORMES



© 2015 Editorial Weeble

Autora: María Jesús Chacón Huertas
Ilustraciones: David Hernando Arriscado

<http://editorialweeble.com>

Madrid, España, marzo 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

LA AUTORA

MARÍA JESÚS CHACÓN

María Jesús Chacón Huertas es licenciada en Traducción e Interpretación de Inglés, por la Universidad de Granada, aunque también es una enamorada de la lengua y literatura españolas. Su pasión literaria rivaliza con otra no menor: la educativa. La enseñanza, y sobre todo, el hacer disfrutar a sus alumnos mientras aprenden se convierte en otra de sus principales cualidades. Si mezclamos ambas en un cóctel, el resultado es una obra tan cuidada y preciosa como la que tienen en sus manos: El Lazarillo de Tormes, primer libro que publica con nuestra editorial

Esta obra aúna pasión por la literatura y por la divulgación de las hermosas letras castellanas. Cultura y diversión no están reñidas, y no lo estarán mientras haya personas que se esmeren en acercar las grandes obras de nuestra literatura a los pequeños lectores.

Asímismo, María Jesús ha traducido dos de nuestros libros a inglés: The discovery of America y Amundsen, the polar, explorer.

mariajechahu@hotmail.com

EL ILUSTRADOR

DAVID HERNANDO

David nació en Madrid y desde siempre se sintió atraído por la ilustración y la pintura. Tras unos comienzos autodidactas realizó diversos cursos de perfeccionamiento y especialización en técnicas de cómic, guión literario y técnico y pintura.

Ha trabajado en ilustración para publicidad, caricaturas y en ilustración infantil.

En nuestra Editorial ha ilustrado los libros “Cocina a conciencia”, “Descubriendo a van Gogh” y “El peón azul”.

Además ha trabajado como ilustrador en “El pastor de estrellas”, libro de poesía; “La Constitución para niños y no tan niños”; “2 de mayo de 1808”, otro libro infantil; y la tira de historietas Xispita.

dibujosdavidel@gmail.com

LA EDITORIAL

EDITORIAL WEEBLE

Editorial Weeble es un Proyecto Educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles que sean divertidos, modernos, sencillos e imaginativos. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor, es que fueran gratuitos! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros, visítanos en: <http://editorialweeble.com>

Un saludo, el equipo de Editorial Weeble

ÍNDICE

INICIO. NACÍ EN EL SIGLO XVI

TRATADO I. EL CIEGO Y YO

TRATADO II. EL CLÉRIGO Y YO

TRATADO III. EL ESCUDERO Y YO

TRATADO IV. EL FRAILE Y YO

TRATADO V. EL BULDERO Y YO

TRATADO VI. EL CAPELLÁN Y YO

TRATADO VII. EL ALGUACIL Y YO

INICIO

NACÍ EN EL SIGLO XVI



La historia que os voy a contar, la historia de mi vida, ocurrió hace casi 500 años, durante esa esplendorosa época conocida como Renacimiento.

Antes de que yo naciera, en la Edad Media, Europa estaba repleta de caballeros andantes que deambulaban por el mundo defendiendo tres grandes valores: lealtad, justicia y verdad. Las heroicas hazañas de estos caballeros se narraban en las novelas de caballerías, que se habían convertido en los libros favoritos de todas las clases sociales de la España renacentista.



Y, fue entonces, en medio de ese bullicio aventurero cuando nací yo: Lázaro de Tormes...

Nací dentro del río Tormes, a su paso por Tejares, esa pequeña aldea de la ciudad de Salamanca. Por eso me llamo así.

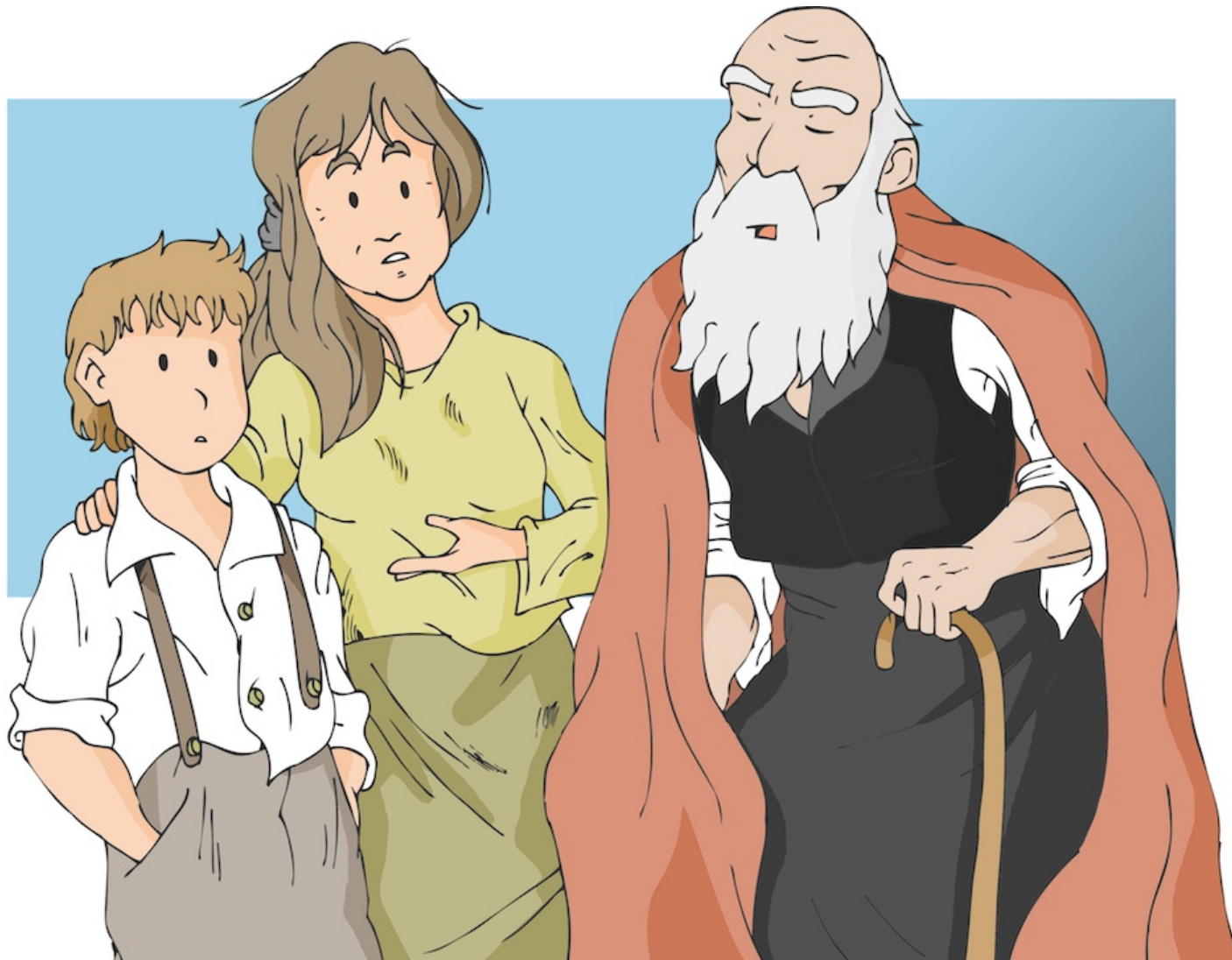
Cuando tenía ocho años, mi padre fue acusado de robar trigo en el molino donde trabajaba y lo condenaron a formar parte de una expedición naval para luchar contra los moros. Allí falleció.

Fue entonces cuando mi madre y yo nos fuimos a vivir a Salamanca, donde malvivíamos con lo poco que ganaba cocinando y lavando la ropa de estudiantes y mozos de caballos.

Mi madre conoció a un mozo negro y, al poco, tuve un hermano mulato. Mi padrastro también fue condenado por ladrón y, otra vez, nos quedamos solos.

Cuando me hice adolescente, un ciego le pidió a mi madre si yo le podía servir de guía. Mi madre, sin dudarlo, aceptó la propuesta porque pensaba que yo viviría mejor con el ciego que con ella.

Como os podéis imaginar, yo no fui ni un héroe ni un caballero andante de esas hermosas novelas de caballerías, sino todo lo contrario...



Intenté mejorar mi condición social valiéndome unas veces de la astucia y otras, del engaño y la estafa. No respeté mucho esos tres valores de los héroes de entonces: lealtad, justicia y verdad, y, por tanto, me convertí en un pícaro, un verdadero antihéroe.

He aquí la historia de mi vida: una vida repleta de adversidades y de alguna que otra fortuna.

TRATADO I

EL CIEGO Y YO



Como ya os he contado, comencé a servir y a guiar a mi ciego amo siendo apenas un adolescente.

Estuvimos unos días en Salamanca, pero como no estaba conforme con las ganancias conseguidas, decidió que nos iríamos de la ciudad.

Mi madre y yo nos despedimos llorando y me dijo:

- Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Tienes un buen amo. Válete por ti mismo.

Nada más salir de la ciudad, llegamos a un puente, en el que había un animal de piedra, con forma de toro. Mi amo me mandó acercarme y me dijo:

- Lázarro, acércate al toro y oirás un gran ruido dentro de él.

Yo, creyendo que era verdad, me acerqué sin dudarlo y, en cuanto puse mi cabeza junto al animal, me dio un gran golpe contra él.



Burlándose de mí, me dijo:

- Ya aprenderás, necio, que el mozo del ciego debe saber una pizca más que el diablo.

Desde aquel instante, empecé a despertar de mi inocencia pueril, y me dije:

- Mas me vale empezar a abrir bien los ojos, pues estoy solo, y he de aprender a valerme por mí mismo, como me dijo mi madre.

Mi amo era muy listo y astuto: tenía mil formas y maneras de sacar dinero. Sin embargo, a pesar de que conseguía todo lo que se proponía, jamás conocí a un hombre tan avariento y mezquino; tanto, que no comía ni la mitad de lo necesario, y me hacía pasar muchísima hambre.

Pero, como yo aprendía rápido, me valí de mi ingenio para no pasarlo tan mal. Conseguía engañarlo de tal manera, que la mayoría de las veces, me quedaba yo con la mejor parte de la comida.

Cuando comíamos, solía poner a su lado una jarrilla de vino. Yo, la cogía rápidamente, le daba un par de tragos y volvía a ponerla en su lugar, sin que se diera cuenta.

Mas, poco me duró mi astucia, porque en seguida cayó en la cuenta de que faltaban algunos tragos, así que optó por cogerla del asa y no soltarla.

Entonces, yo empecé a beber metiendo mi larga paja de centeno en la jarrilla y, chupaba y chupaba hasta dejarla casi vacía.

Esta vez tampoco me duró mucho mi nueva argucia, pues enseguida se dio cuenta y, decidió colocarla entre sus piernas y taparla con la mano. Así seguro que se lo bebía todo él.

Aún así, no me rendí. Decidí hacer en la base de la jarrilla un agujero fino , que tapé disimuladamente con un poco de cera. Y, cuando llegaba la hora de comer, fingiendo que tenía frío, me acercaba a las piernas de mi amo y a la pobre lumbre que teníamos. Así, al calor de ella, la cera se derretía y una fuentecilla de vino caía en mi boca. Entonces cuando mi pobre amo iba a beber, no quedaba ni una gota y se enfadaba mucho porque no sabía qué podía pasar.



No paró de darle vueltas a la jarra hasta que descubrió mi engaño. Sin embargo, disimuló como si no lo hubiera notado.

Al día siguiente, me senté como de costumbre y, cuando estaba disfrutando de mis dulces tragos, decidió vengarse de mí. Cogió la jarrilla con todas sus fuerzas y la lanzó contra mi boca.

Fue tal el golpecillo que me dio que ¡la jarrilla se convirtió en jarrazo! Me aturdió tanto que llegué a perder el sentido. Además de las numerosas heridas que me hizo en la cara, me partió algunos dientes.

Desde aquel instante, le deseé mal a mi mal ciego.

Empezó a golpearme a menudo, a darme coscorriones y a burlarse continuamente de mí. Entonces, decidí que me libraría de él. Y, mientras esperaba el momento oportuno, lo llevaba intencionadamente por los peores caminos, por donde más piedras había, para hacerle daño. Y aunque le prometía que no lo hacía con mala intención, él no se lo creía y me arreaba un coscorrón tras otro. Durante mi estancia con él, viví otras muchas desventuras, y de todas ellas aprendí que a lo largo de mi vida debería de valerme de mentiras y mucha astucia para poder salir adelante.

Por su parte, él relataba a los vecinos mis adversidades una y otra vez con tanta gracia que no paraban de reírse.

Finalmente, llegada la hora de deshacerme de él, decidí vengarme incitándole a darse un golpe contra una columna. El cabezazo que se dio, mi buen amo, fue tan fuerte que cayó para atrás medio muerto y con la cabeza abierta.

Así lo dejé, allí, tirado y rodeado de gente que acudió a socorrerlo. Nunca supe nada más de él...



TRATADO II

EL CLÉRIGO Y YO



Al día siguiente, me fui a Maqueda, un pueblecito de Toledo. Y, mientras pedía limosna, me topé con un clérigo. Así se llamaban los curas de antes. Me preguntó si sabía ayudar a misa, y yo le dije que sí, ya que esa era una de las buenas acciones que me enseñó mi primer amo.

Y, así fue como el clérigo me admitió a su servicio. Para mi sorpresa, mucho me temo que escapé del trueno y di en el relámpago... Dudo si mi nuevo amo era mísero por naturaleza o si la había adquirido junto con su hábito.

Era tan avaro que guardaba la comida en un arca cerrada con llave, de manera que me mataba de hambre. A la tercera semana de estar con él, ya me flaqueaban mis estrechas piernas.



Como este amo no era ciego, no fui capaz de quitarle ni una sola moneda para comprar algo.

El poco vino que le sobraba de la misa, también lo escondía en su arca. Y, para disimular su mezquindad, me decía:

- ¿Ves, Lázaro? Los curas han de comer y beber poco, por eso yo no me excedo como otros.

Ya veis, también era un gran mentiroso mi amo. Cada vez que íbamos a rezar a los entierros comía y bebía como el lobo más hambriento y sediento del universo. Y es que, en aquella época, tras un entierro, era costumbre convidar a los asistentes y al cura.

Yo, como os podéis imaginar, deseaba con todo mi corazón, que cada día hubiese al menos un muerto. ¡Y que Dios me perdone por ello! Pero... era la única manera que tenía de comer y beber hasta hartarme.



Lo malo es que durante los casi seis meses que estuvimos juntos, sólo fallecieron veinte personas. ¡Pobres! pienso que hasta las maté yo, porque no dejaba de rogar a Dios que alguien muriera para así poder alimentar yo mis flacas carnes.

A menudo pensaba en dejar a mi amo, mas no lo hacía por dos razones: la primera de ellas porque no me fiaba de mis enclenques piernas, muertas de hambre; y, la segunda porque me decía a mí mismo:

– Ya he tenido dos amos: el primero me tenía medio muerto de hambre y el segundo me tiene casi enterrado. Pues, ¿qué pasará si dejo a este y doy con otro aún más ruin y miserable?

Como veis, vivía inmerso en la más pura tristeza. No me atrevía a hacer nada porque estaba convencido de que cualquier amo que hallara sería mucho peor que el anterior.

Un día, llegó a la puerta de casa una especie de ángel. Era un calderero, un vendedor ambulante de sartenes y otros utensilios caseros. Una brillante idea vino a mi cabeza y le dije:



- Señor calderero, he perdido la llave de este arca y me temo que si no la encuentro, mi amo me azotará. ¿Puede mirar si tiene alguna entre las suyas y se la pagaré?

Comenzó a probar el angélico calderero una tras otra hasta que mis desorbitados ojos vieron cómo se abría la tan preciada arca. Entonces le repliqué:

- Lamento decirle que no puedo pagarle con dinero, mas coja del arca el pago de su servicio.

Cogió un pan de aquellos, me dio la llave y se fue muy contento. Yo, por mi parte, me quedé ¡más contento que él!

Empecé a barrer la casa con alegría, soñaba que con aquella llave ya tenía mi desgraciada vida solucionada. Ingenuo de mí...

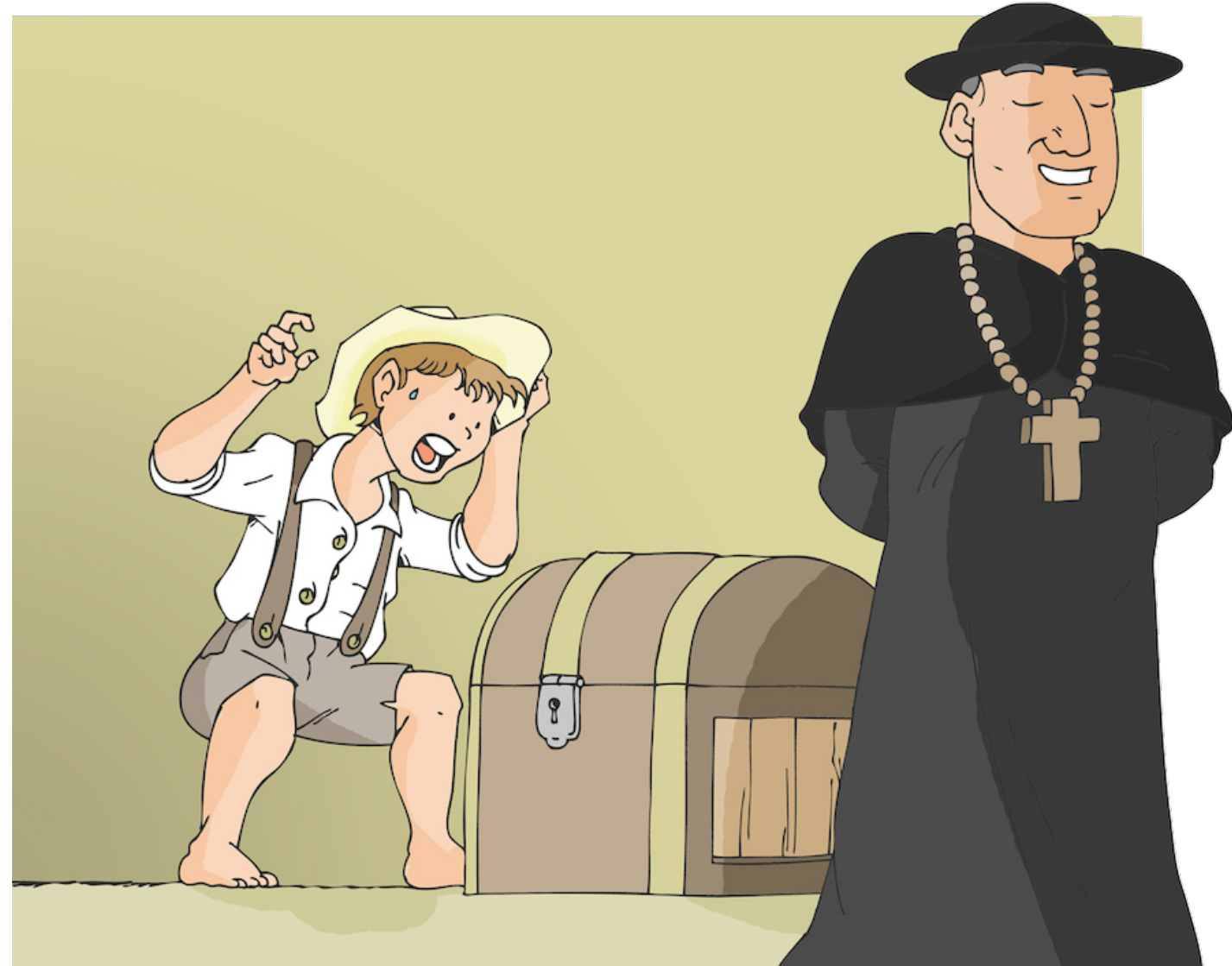
Mi dicha solo duró tres días. Mi amo abrió el arca y contó y recontó los panes. Cayó en la cuenta de que faltaba alguno. Y, entonces, me amenazó diciendo:

- Pero... ¿cómo puede ser? Aquí falta algún panecillo. De ahora en adelante, voy a tenerlos bien contados. Ya sabes, pequeño Lázaro: nos quedan nueve panes y un pedazo.

Con lo que me dijo, se me empezó a revolver el estómago, imaginando el hambre que iba a pasar a partir de entonces. Para consolarme abrí el arca y empecé a observar los preciados panecillos. Los conté otra vez, por si se había equivocado; pero no... Solo me atreví a partir un trocito del que había empezado. Y, con aquella migaja, pasé el resto del día, no tan alegre como el anterior.

Mas como el arca era vieja y grande, y estaba rota por algunas partes, pensé:

- ¡Ya lo tengo! Por las noches podré picotear algo. Aunque los agujeros son pequeños, mi amo pensará que son los ratones los que entran y desmigajan el pan. Así lo hice. Y, así conseguí engañar a mi amo, aunque sólo durante algunos días. Cuando descubrió que seguía desapareciendo pan, decidió tapar los agujeros del arca para evitar que entraran los ratones. Metió trampas para pillarlos, pero... nada, ni aún así, logró atrapar a ningún ratoncillo. Cada vez que abría el arca y veía el pan roído y el queso comido, pero no veía a ningún ratón en la trampa, se maldecía y le preguntaba atónito a sus vecinos cómo era posible que el ratón sacara el queso de la trampa, cerrara la trampilla y no cayera en ella.



Uno de ellos le contestó:

– Si mal no recuerdo, en vuestra casa andaba una culebra. ¡Seguro que es ella! Y, como es tan larga, es imposible que quede atrapada en la trampa.

Y, desde entonces, el clérigo apenas dormía, pues al mínimo ruido que oía, pensaba que era la culebra que roía el arca. Por lo tanto, la culebra, o sea yo, no me atrevía a levantarme en toda la noche. Aunque eso sí, durante el día, mientras él salía de casa, yo buscaba el momento preciso de roer el arca.

Tuve miedo de que con aquellos ataques nocturnos, mi amo encontrara la llave, pues la tenía bien escondida entre las pajas de mi cama. Atemorizado por ello, decidí que lo más seguro sería metérmela en la boca por la noche. Y, eso hice hasta que...

Una noche, mi buen clérigo, se despertó sobresaltado porque oía un silbido, como si fuera una serpiente... Se acercó a oscuras hasta donde estaba yo durmiendo porque lo oía cerca de mí. Escuchó atentamente hasta que vio que aquel sonido provenía de mi boca. Y, claro, descubrió mi treta: ¡vio la llave del arca en mi boca!

No dudó ni un momento en arrearme un brutal garrotazo. El golpe fue tan fuerte que me dejó descalabrado y sin sentido durante tres días. Cuando desperté, asustado, me dijo irónicamente:

- ¿Sabes, Lázaro? No hay de qué preocuparse más, pues ya he cazado a los ratones y a la culebra que nos robaban del arca.

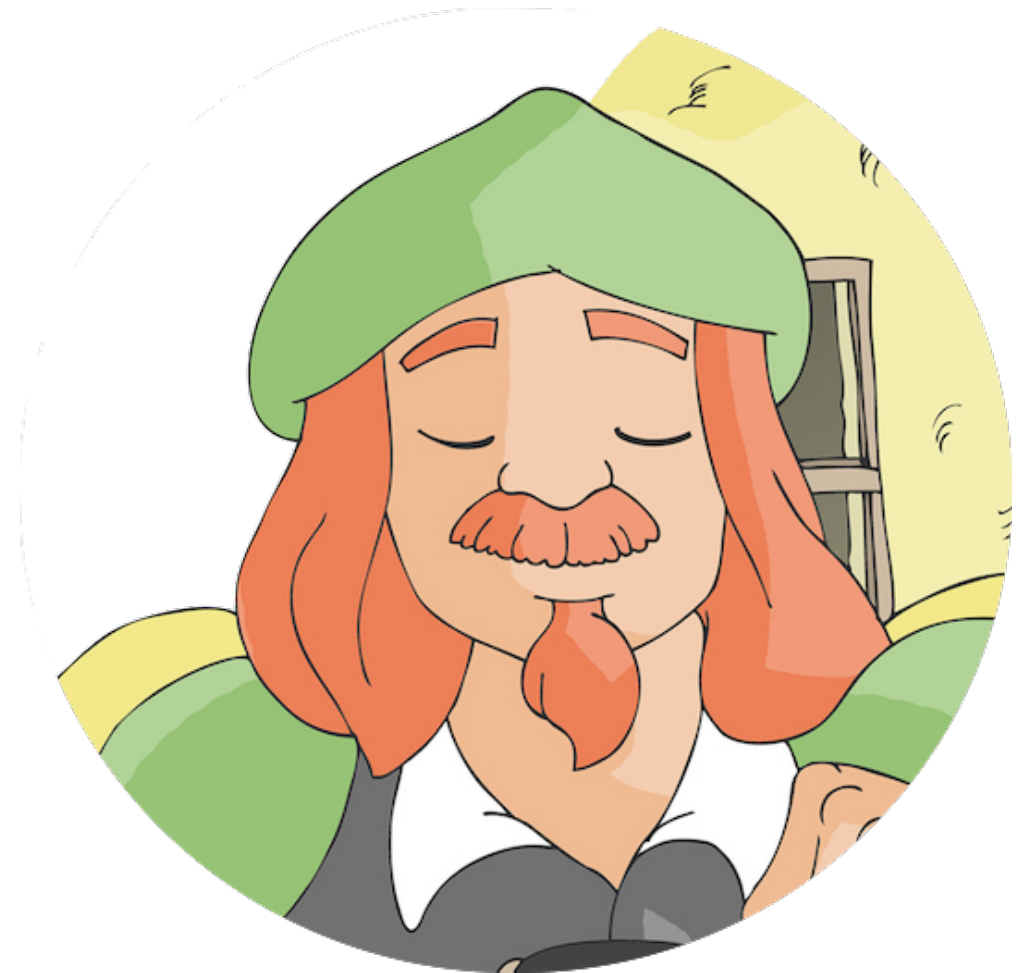
Los vecinos me curaron el garrotazo y me dieron de comer y, así, poco a poco, fui mejorando. A los quince días de mi triste desventura conseguí levantarme y, al día siguiente, mi cruel amo, me echó de su casa, diciendo:

- Lázaro, a partir de hoy ya no eres mío, sino tuyo. Ve con Dios y busca un nuevo amo, pues yo no quiero un criado tan listo y audaz como tú.

Y así fue como salí de allí.

TRATADO III

EL ESCUDERO Y YO



Saqué fuerzas de donde pude y, con la ayuda de la buena gente, llegué a la hermosa ciudad de Toledo. Es verdad que mientras estaba malo, siempre conseguía alguna limosna que otra; pero, en cuanto me recuperé, la gente no me daba ni los buenos días. Iba deambulando de puerta en puerta, sin saber muy bien adónde ir. Y, quiso Dios, que me topara con un gentil escudero: bien vestido, bien peinado y paso firme. En mi época, un escudero era la persona que trabajaba como criado de los grandes señores.

Él me miró y me dijo:

- ¿Buscas amo, muchacho?
- Sí, señor – le respondí.



– Pues entonces, ¡sígueme!, que Dios te ha concedido el honor de cruzarte en mi camino – me contestó airadamente.

Y sin dudarlo ni un instante, le seguí. Mientras caminaba tras él le daba gracias a Dios porque parecía que, por fin, este era el amo que necesitaba, según deducía de su ropa y su porte. Pero, una vez más, mi dicha duró muy poco.

Eran apenas las ocho de la mañana cuando nos encontramos y estuvimos caminando por la ciudad, atravesando sin parar plazuelas y calles, hasta la una del mediodía. Tan solo paramos al pasar por la catedral, donde mi amo escuchó misa.

Yo, mientras, le seguía tranquilo y feliz. Me imaginaba que, si no tenía necesidad de comprar nada para comer por el camino, era porque tenía de todo.

En cuanto llegamos a su casa, oscura y tenebrosa, empezó a preguntarme sobre mi vida: de dónde era, cómo había llegado hasta allí... Yo, pensando que más bien era hora de comer que de conversar, le conté con mis mejores mentiras las heroicas hazañas de mi vida.

Entonces, cuando no supo que más preguntarme, se hizo el silencio. Ya eran casi las dos. Y, me preguntó:

- ¿Has comido, Lázaro?
- No señor. Me topé con usted esta mañana, muy temprano – le respondí yo.
- Pues, aunque era temprano, yo ya había almorzado. Y, cuando como algo por la mañana, no vuelvo a tomar nada hasta la noche. Así que, pasa el día como puedas, que después cenaremos.

Creo que faltó poco para desmayarme... ¡No me lo podía creer!

Tras oír sus palabras, regresaron mis penas y, volví a llorar mi desdicha.

Al caer la noche, no cumplió su palabra. No comimos ni un triste mendrugo de pan. Me pasé casi toda la noche en vela, peleándome con el hambre y enfadándome con mi mala fortuna.

A la mañana siguiente, mi amo se levantó y se vistió despaciosamente. Y, con su paso pausado y el cuerpo bien derecho, salió de casa diciendo:

- Lázaro, te dejo a cargo de la casa mientras me voy a escuchar misa. Haz la cama y ve a llenar la vasija de agua al río. Cierra bien la puerta de casa, no sea que nos vayan a robar.

Y, yo mientras lo veía alejarse caminando con tan apuesta figura, pensaba para mis adentros:

- ¡Como engaña mi amo! ¿Quién va a pensar, viéndole así, que ayer se pasó

todo el día sin comer? Seguro que nadie se imagina que no tiene ni con qué secarse las manos.

Al volver del río, pensé en barrer la casa, mas no pude hacerlo. Busqué por todos los rincones, pero no encontré a pero alguno destinado a ello. Entonces, decidí esperar a ver si venía mi amo. Y, esperando, se hicieron las dos y mi gentil amo no apareció.



Como estaba muerto de hambre, no me quedó más remedio que volver a mendigar. Comencé a pedir pan por las casas que parecían más grandes y, tuve muuucha suerte: antes de que dieran las cuatro, ya había conseguido algo para comer. Y, pensando que no estaría de más ser precavido, me escondí algunos trozos de pan.

Cuando llegué a casa ya estaba mi amo, y le conté de dónde venía. Él me dijo:

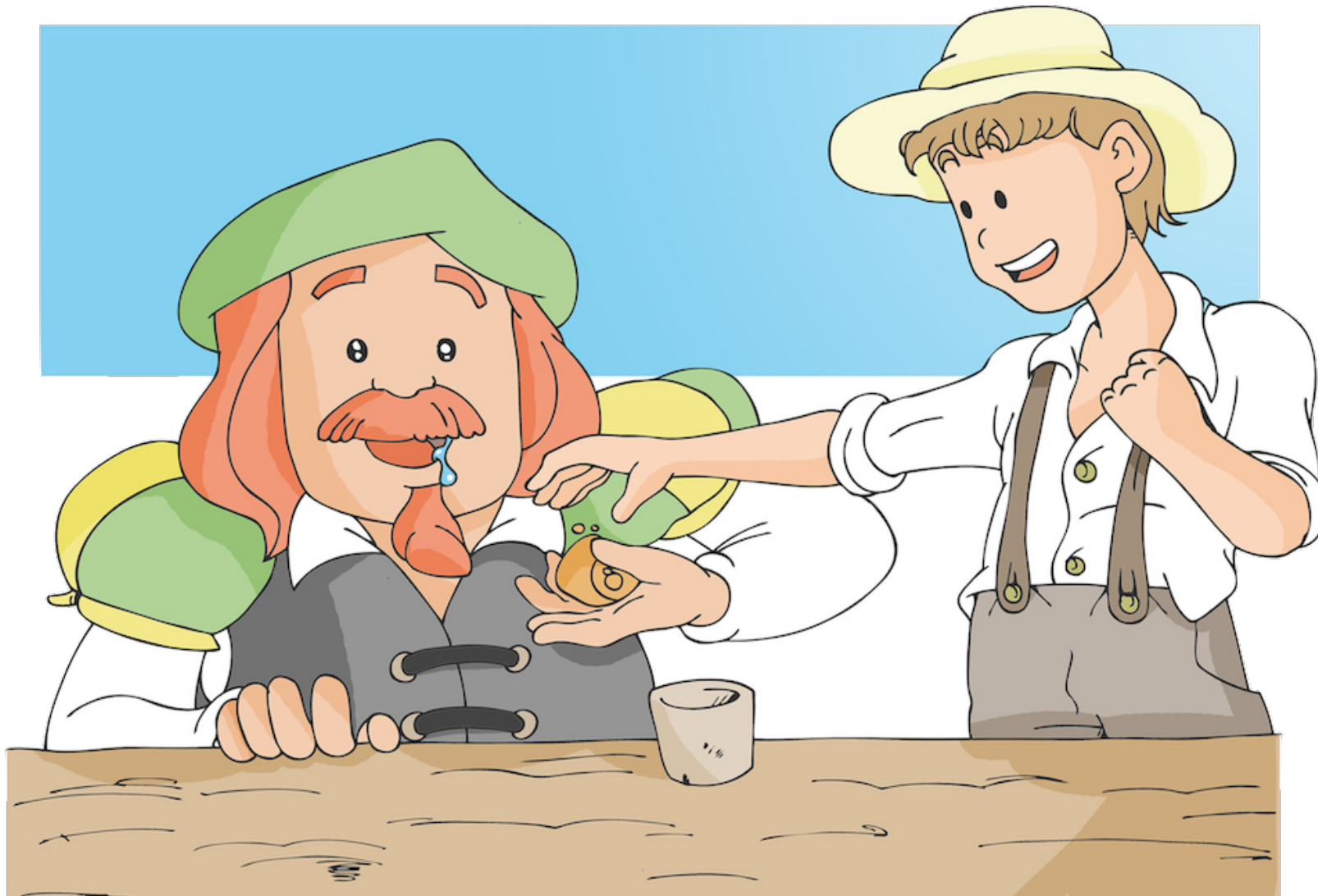
- Pues, te esperé a comer, pero como no venías, comí yo. Me parece bien que hayas mendigado para saciar tu hambre, mas te pido que no le digas a nadie que vives conmigo. Pues, sería una gran deshonra para mí.
- No se preocupe por eso, señor, así será – le respondí yo.

Y, cuando llegó la hora de cenar, saqué los trozos que me había escondido y, me dispuse a comer. Mi amo, que me miraba disimuladamente, no apartaba ni un segundo sus hambrientos ojos de mí.

Yo, sabiendo lo que sentía en aquel preciso instante, sentí lástima por él. Y, por un momento, dudé si convidarle o no. Al final, decidí invitarle y, mucho me temo que el ansia que mostraba al comer, le impidió disimular el hambre que tenía.

Así fue como, comiendo y bebiendo los manjares que yo había llevado a casa, nos fuimos contentos a dormir.

Esta escena que os acabo de contar se volvió a repetir durante unos ocho o diez días. Mi amo salía por las mañanas muy alegre de casa porque sabía que cuando regresara, tendría en casa su plato de comida.



Y yo, lamentándome de mi continua desgracia, llegaba a la conclusión de que aunque esta vez era yo el que estaba manteniendo a mi amo, prefería esto que aguantar al ciego avariento o al desgraciado clérigo. Y pensaba para mis adentros:

- Mi escudero no me da porque no tiene, no como mis otros amos.

Para mi desgracia, mi dicha volvió a empeorar pronto. El alcalde prohibió la mendicidad en el pueblo, por lo que a partir de entonces, ordenó azotar a todos aquellos que encontrasen mendigando.

Como os podéis imaginar, mi amo y yo, estuvimos dos o tres días sin probar bocado y sin mediar palabra. A mí, me ayudaron a sobrevivir unas vecinas, que me daban alguna cosilla para comer, pero aún así seguía estando más seco que el ojo de un tuerto.

Mi amo, sin embargo, me daba más pena todavía. Se iba toda la mañana a la calle y no sé qué comía. Volvía, como siempre, bien estirado y, a veces, hasta se limpiaba los dientes con un palillo, simulando que tenía algún resto de comida que limpiar...

Le pedí a mi amo que me explicara para qué servía eso de la honra, tan importante para él; pero, por más ejemplos que me ponía, sólo deduje que esa honra que él defendía a capa y espada, no valía para nada.

Estando en esto, tocaron a la puerta. Eran un hombre y una viejecita, pidiendo cuentas del alquiler de dos meses. El hombre reclamaba la deuda de la casa y la viejecita, el alquiler de la cama. Mi amo, pausado y tranquilo, les respondió que volvieran por la tarde a cobrar, pues tenía que ir a cambiar una moneda.

Pasó la tarde... pasó la noche...y, como os podéis imaginar, mi amo nunca volvió. Yo, mientras pensaba qué haría con mi vida a partir de entonces, me refugié en casa de las vecinas que me habían alimentado.



El alguacil, que entonces se llamaba así al encargado de la justicia, intentó sacarme dónde estaba mi amo y cuáles eran sus bienes para saldar su deuda.

Las vecinas defendieron mi inocencia, y, gracias a ellas, el alguacil me dejó tranquilo. Así, como os acabo de contar, fue como mi tercer amo, pobre pero honrado, me abandonó y huyó de mí.

TRATADO IV

EL FRAILE Y YO



No tuve más remedio que empezar a buscar a mi cuarto amo. Esta vez, mis vecinas me ayudaron a encontrarlo. Me dirigieron hacia un fraile al que ellas llamaban pariente, no sé muy bien por qué.

Como ya os digo, era fraile. Sin embargo, no tenía mucha costumbre de rezar y comer en su convento. Creo que era el fraile que más zapatos rompía de todos, pues le encantaba hacer visitas a todo el mundo.

Eso sí, él fue el que me regaló mis primeros zapatos, aunque no me duraron más de ocho días.

Yo, no pude resistir sus andanzas. Así que, por esto y por otras cosillas que no voy a contaros, en cuanto pude, decidí abandonarle.



TRATADO V

EL BULDERO Y YO



Quiso Dios que encontrara pronto a mi quinto amo, con el que estuve cerca de cuatro meses. Esta vez fue un buldero. ¿Sabéis quién era un buldero? Se llamaba así a la persona que predicaba y vendía bulas. Y, las bulas eran esos documentos, emitidos por la Iglesia, mediante los cuales se concedían determinados privilegios a ciertas personas. Por ejemplo, el que comprara alguna, podía tener el privilegio de no ayunar en Cuaresma. Así, por cada bula que vendían, los bulderos recibían una compensación económica.



Pues bien, mi nuevo amo era el vendedor de bulas más descarado y desvergonzado que jamás había visto.

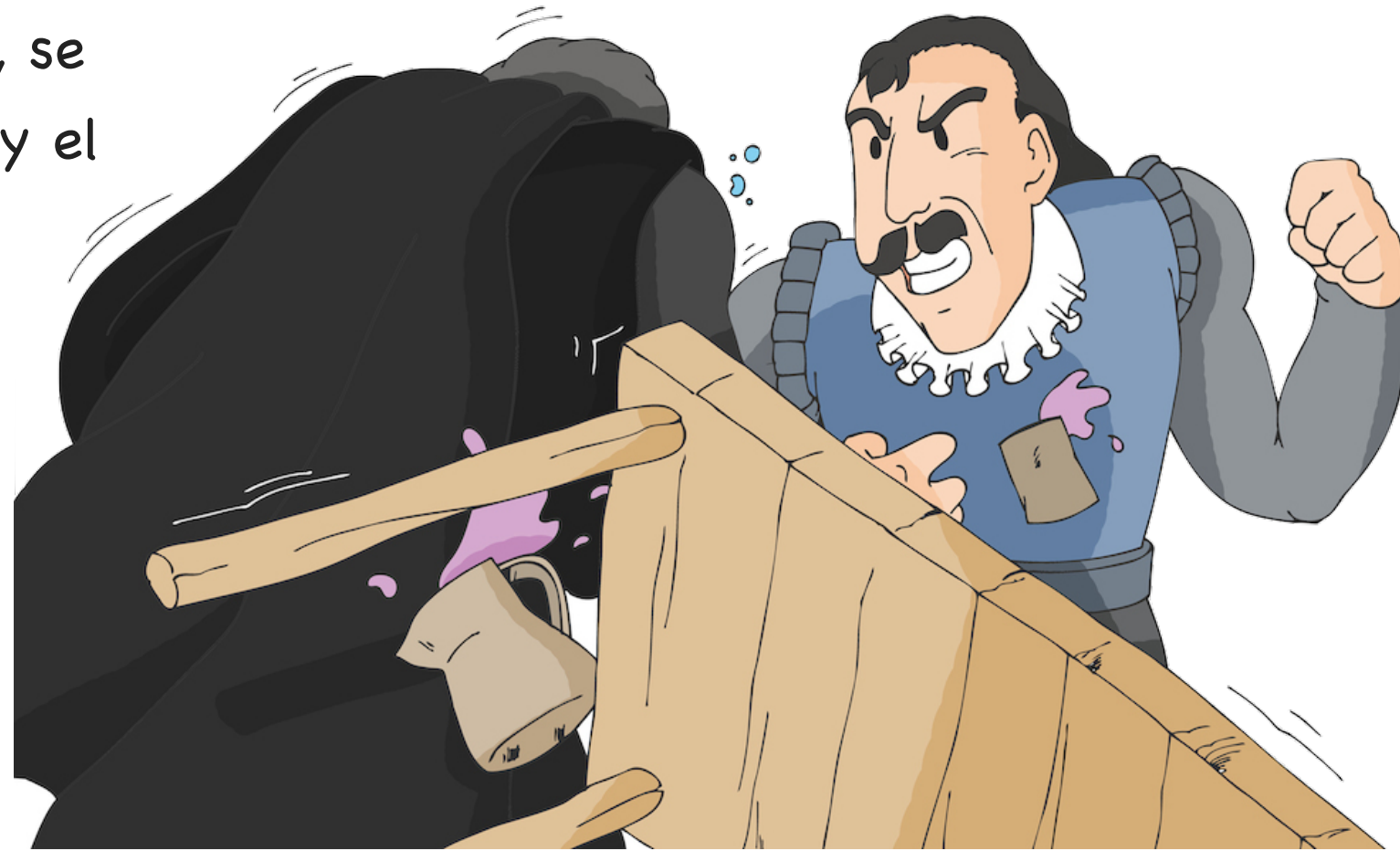
Cuando nadie le compraba por las buenas, se las apañaba por las malas: unas veces, valiéndose de ingeniosos trucos y, muchas otras, engañando sin pudor a la pobre gente.

Os contaré uno de sus astutos trucos y veréis qué era capaz de hacer.

Después de predicar durante dos o tres días en La Sagra, Toledo, no consiguió que nadie le comprara una sola bula. Estaba muy enfadado por ello y no sabía qué hacer. Al final, decidió convocar al pueblo en la iglesia a la mañana siguiente para que asistieran a la despedida de la bula.



Esa noche, tras la cena en la posada, se pusieron a reñir e insultarse mi amo y el alguacil del pueblo. El alguacil llamó embustero a mi amo y, mi amo llamó ladrón al alguacil. Subieron tanto el tono de voz que empezaron a acudir los vecinos y se metieron en medio para intentar apaciguar esa terrible disputa.



La gente del pueblo, viendo que no había manera de tranquilizarlos, no tuvo más remedio que echar al alguacil de la posada. Los vecinos calmaron a mi amo, que seguía muy enojado por lo acontecido.

Y, un poco más tranquilos, nos fuimos todos a dormir.

A la mañana siguiente, según lo previsto, repicaron las campanas y el pueblo acudió a despedir la bula. Conforme iban llegando a la iglesia, la gente no paraba de murmurar: que si las bulas eran falsas; que si la noche anterior mi amo y el alguacil habían reñido por eso; que si menuda trifulca habían armado ...

En fin, en medio de ese incesante murmullo, mi amo se subió al púlpito y comenzó a predicar su sermón para convencer al pueblo de que comprase su bula. Estando en lo mejor del sermón, entró el alguacil y, con voz alta y pausada, empezó a desmentir todos los privilegios que estaba pregonando el impostor de mi amo.

Pretendiendo convencer a los allí presentes de que mi amo era un mentiroso, algunos hombres intentaron echarle de la iglesia. Mas mi amo, tan vivaz como siempre, logró convencerlos para que lo dejaran decir todo lo que quisiese.

Así, cuando el alguacil calló, el buldero, poniéndose de rodillas en el púlpito y con las manos juntas, mirando al cielo, exclamó:

– Dios mío, tú que todo lo conoces, sabes cómo me ha ofendido injustamente este hombre. No lo tengas en cuenta, pues no sabe lo que hace ni lo que dice. Por lo que a mí respecta, yo lo perdono.

Te suplico, Señor, que nos muestres un milagro: si fuera verdad lo que él pregona, haz que me hunda yo con mi púlpito. Y, si es verdad lo que yo digo, castígale a él.

Apenas había acabado su oración mi amo, cuando resonó un estrepitoso ruido en la iglesia. Asustados por el mismo, vimos al aguacil tirado en el suelo, pues, se había desmayado.

La gente empezó a vociferar, sin control, asustados y asombrados por lo acontecido: unos, decían que se lo merecía; otros, sin embargo, se apiadaban de él y, algunos otros, intentaban ayudarlo.

Mientras tanto, mi amo seguía con las manos y los ojos mirando hacia el cielo, contemplando absorto el escenario.

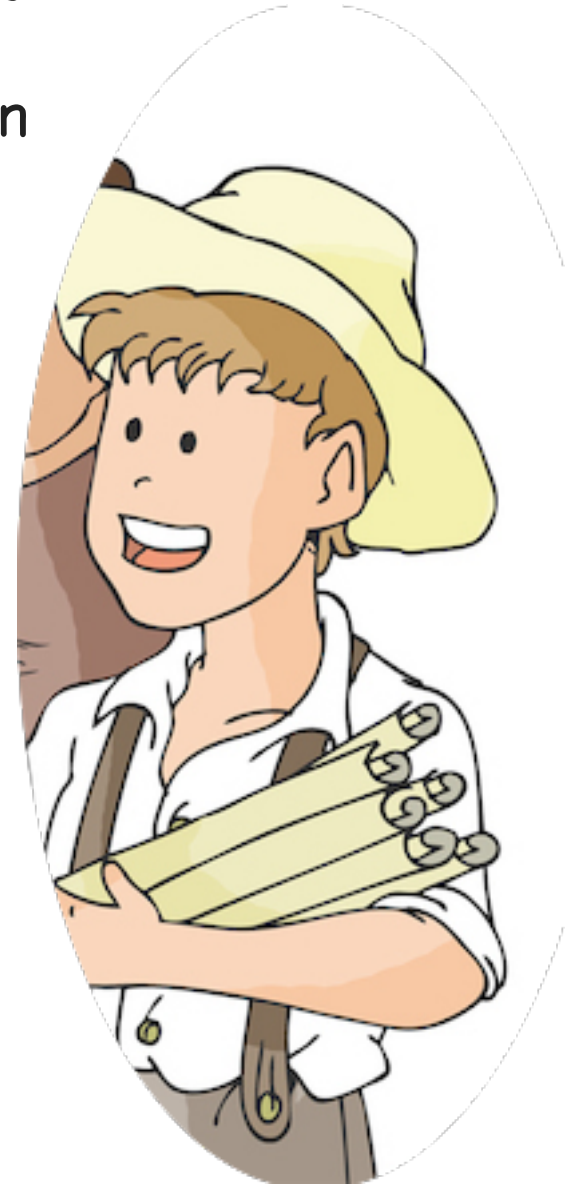
En ese instante, se acercaron a mi amo unos buenos hombres. Le suplicaron que fuera a socorrer al alguacil, que se estaba muriendo. Le dijeron que no tuviera en cuenta sus palabras ofensivas, pues ya estaba recibiendo su merecido castigo.

Y así fue como mi amo, aprovechándose de la situación, mandó pedir a todos los allí presentes por el pobre alguacil. Les dijo que suplicaran a Nuestro Señor por el perdón de aquel pecador y porque le devolviera la salud.

Todos se pusieron de rodillas y empezaron a rezar por el perdón y la salud del alguacil. Tras una retahíla de oraciones, mi amo puso la bula sobre su cabeza e, inmediatamente, el pecador del alguacil comenzó a volver en sí y a recuperarse.

En cuanto se pudo levantar, le pidió perdón al buldero por todas las mentiras que había dicho. Mi amo, por supuesto, le perdonó e hicieron las paces.

Como os podéis imaginar, después de todo esto, no quedó nadie en el pueblo que no comprara la famosa bula. Es más, el suceso se divulgó tanto por los pueblos de alrededor que, mi amo llegó a vender unas mil bulas sin ni siquiera predicar su sermón.



Lo peor de todo esto es que descubrí que yo aún seguía siendo un tanto ingenuo. Sí, sí...hasta a mí me engañaron mi amo y el alguacil.

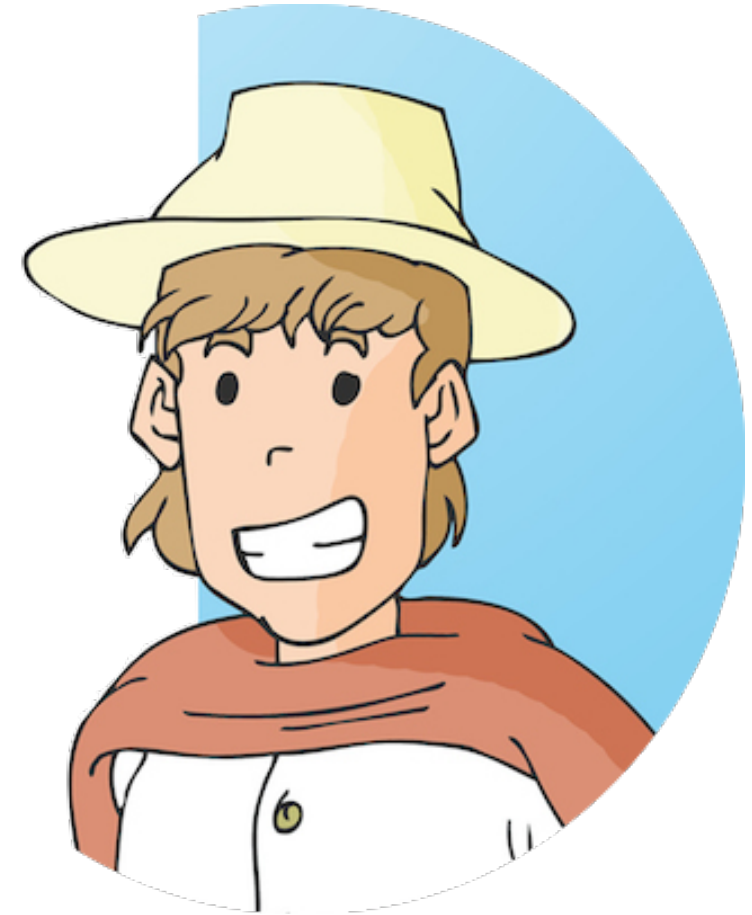
No descubrí que todo esto había sido una treta hasta que no los pillé riéndose burlonamente de todo lo acontecido.

En fin, durante estos casi cuatro meses que estuve con el buldero, también pasé muchas otras fatigas. Así que decidí abandonarlo.



TRATADO VI

EL CAPELLÁN Y YO

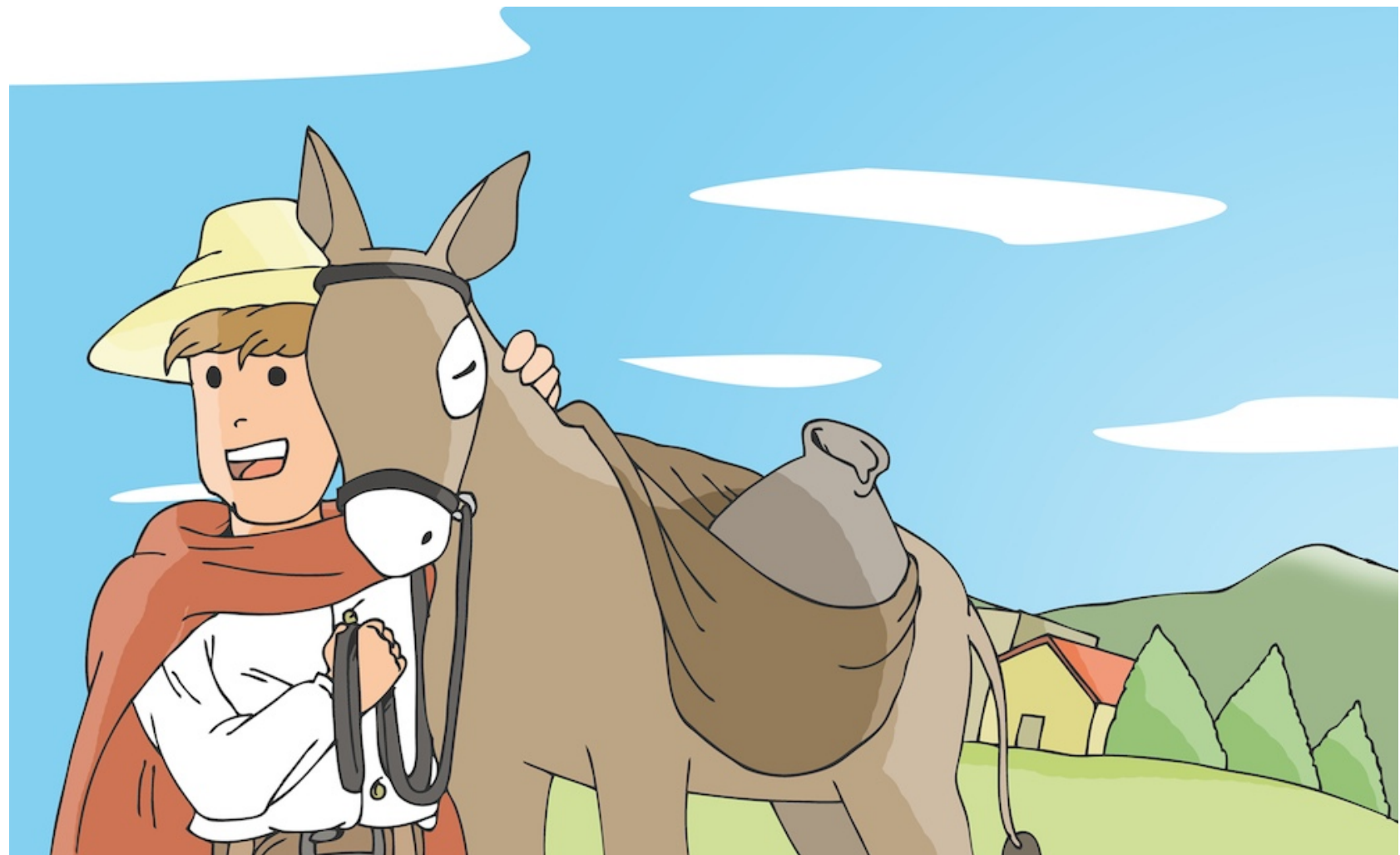


Durante esta época yo ya era mozuelo. Y, por aquel entonces, tuve dos amos. El primero de ellos fue un maestro de pintar panderos, al que le ayudaba preparándole los colores. Con este amo también sufrí innumerables adversidades. Estuve poco tiempo con él.

Un día, estando en la catedral, conocí al que sería mi séptimo amo. Esta vez fue un capellán, o lo que es lo mismo, un sacerdote.

Gracias a él, mis adversidades fueron desapareciendo y, poco a poco, nacieron mis fortunas.

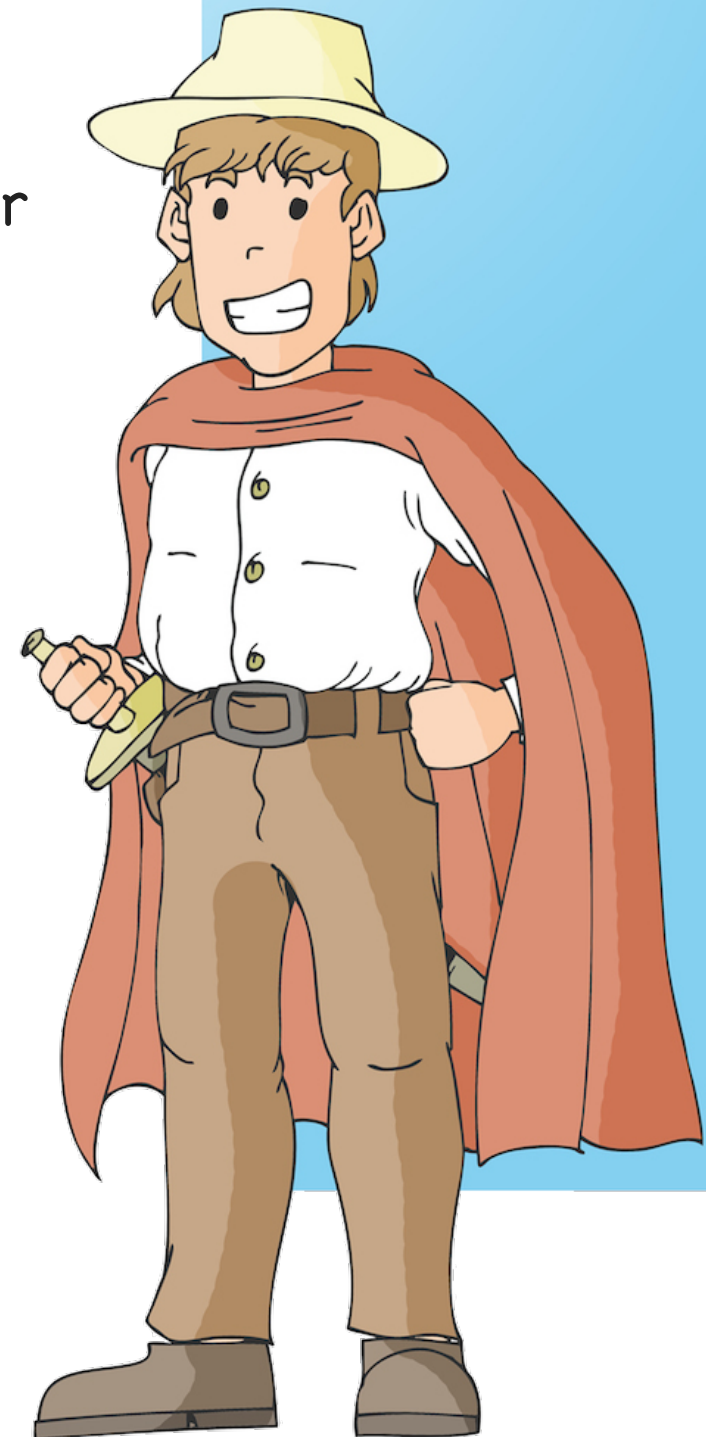
Para mi sorpresa, mi nuevo amo puso a mi cargo un asno, un látigo y cuatro cántaros. Así, vendiendo agua por la ciudad, fue como empecé a ganarme la vida.



Desde aquel momento me sentí dichoso. Parecía que, por fin, iba a subir ese escalón tan ansiado que me permitiría empezar a vivir una buena y honrada vida. Y, gracias a Dios, así fue.

Me fue tan bien en ese oficio que, a pesar de que le daba a mi amo parte de lo que ganaba, conseguí ahorrar algo durante los cuatro años que estuve con él. Logré vestirme muy honradamente, aunque fuera ropa usada. Me llegué a comprar hasta una capa y una espada antigua.

Cuando me vi, así vestido, como un hombre de bien, le dije a mi amo que se quedara con su asno, que yo me iba.



TRATADO VII

EL ALGUACIL Y YO



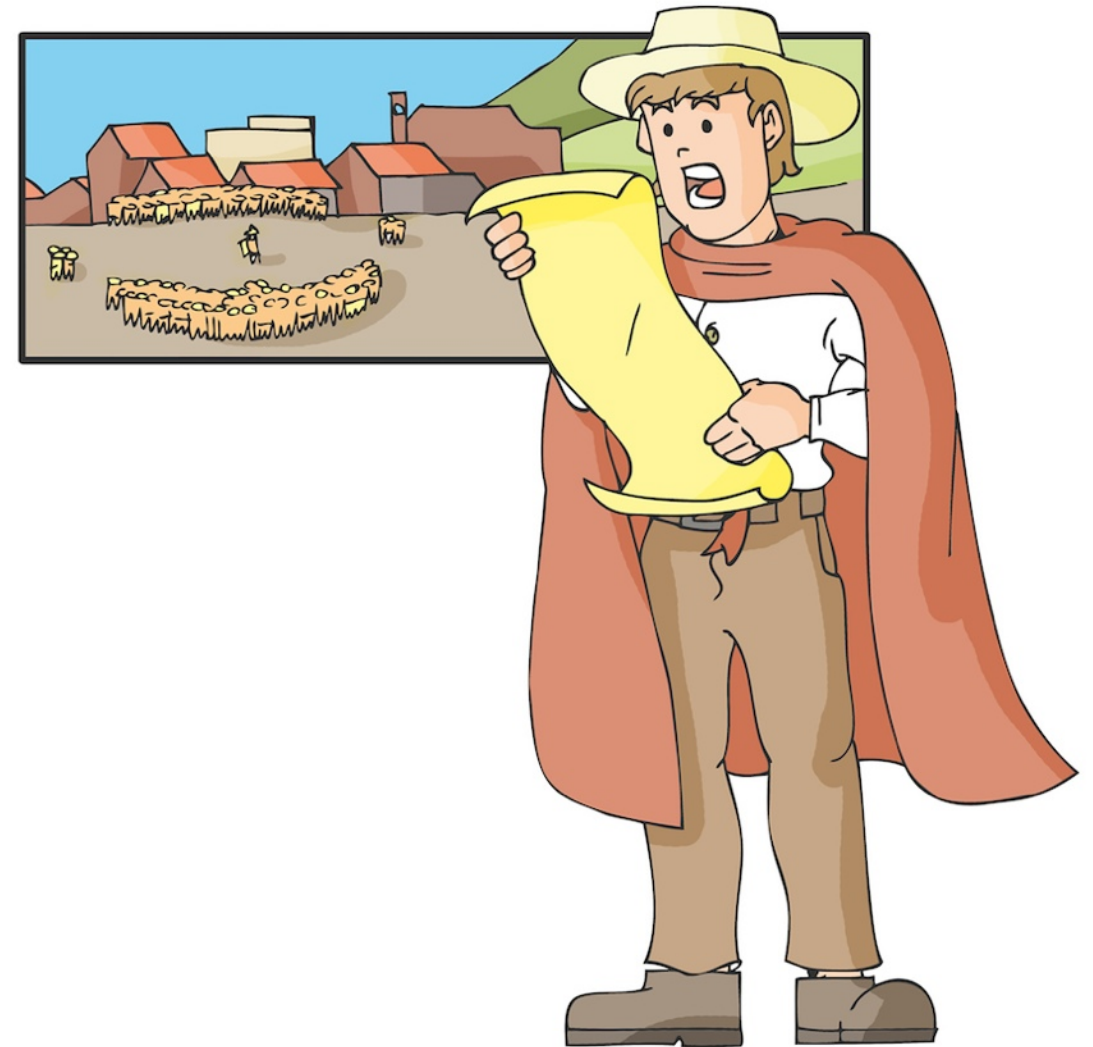
Al despedirme del capellán, entré a servir a un alguacil, como ayudante.

Una noche, unos delincuentes nos lanzaron piedras y palos a mi amo y a mí. Mi amo fue malherido, pero a mí, gracias a Dios, no me alcanzaron.

Viví muy poco con este amo, ya que consideraba que este oficio era muy peligroso. Después de dicho altercado, decidí dejarlo.

Pensando en qué trabajar para ganar algo de dinero para la vejez, me puso Dios por el buen camino. Tuve la suerte de conseguir el trabajo de pregonero. Yo, Lázaro de Tormes, era el encargado de leer en voz alta los pregones municipales y de comunicar al pueblo lo que el alcalde quería que supiese.

Se me daba bastante bien este oficio. Y, así, durante esta época, conocí a un arcipreste, que era un sacerdote que dirigía varias parroquias de una misma zona.



Este arcipreste, conociendo mi buena vida, me propuso casarme con una criada suya. Y, yo acepté su gentil propuesta. Me casé con ella y, hasta ahora no me arrepiento.

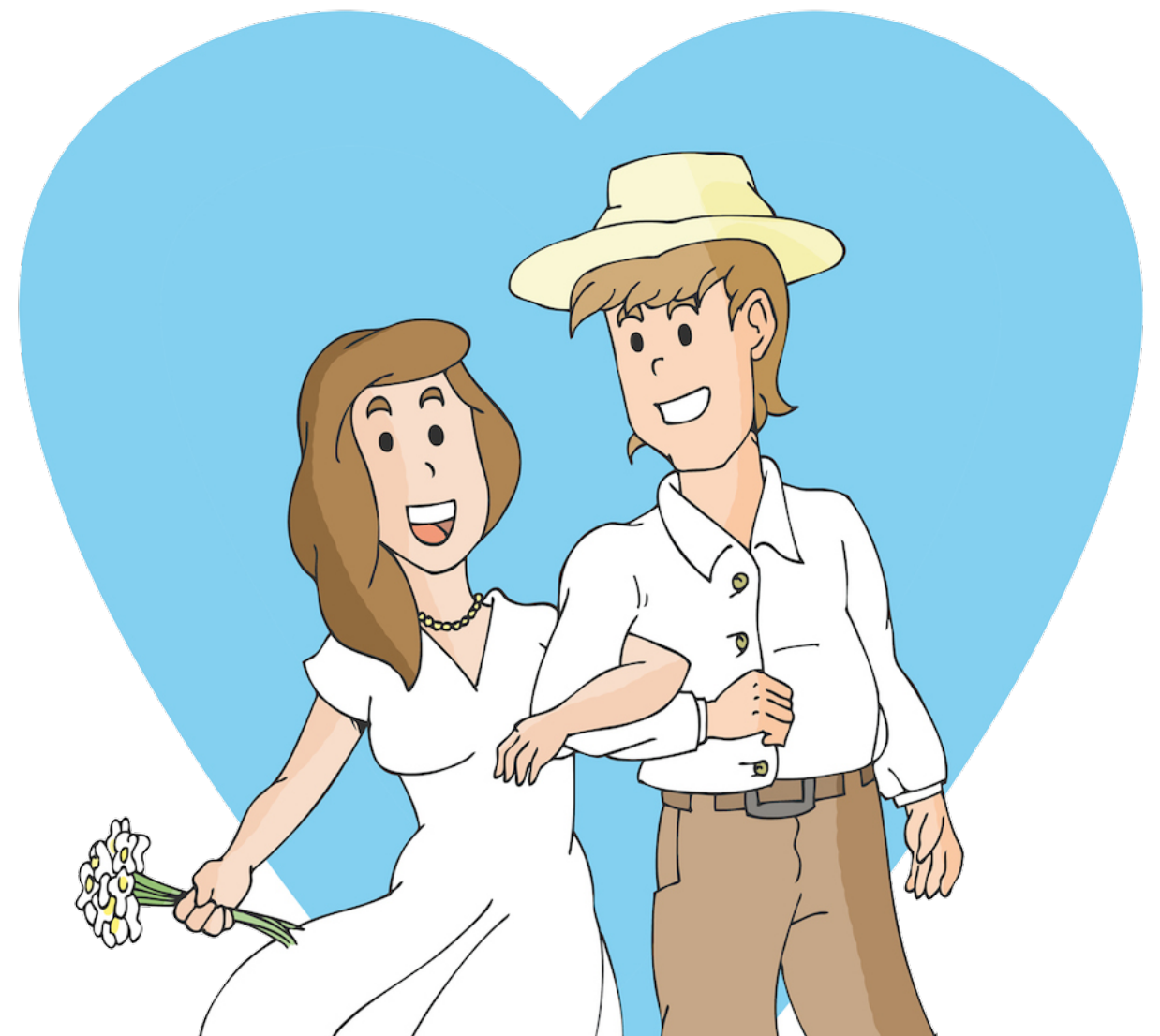
Aunque, las malas lenguas, ya sabéis, esas que han existido y siempre existirán, decían que si mi mujer iba a su casa a hacerle la cama y a prepararle la comida.

Esos comentarios perturbaron durante un tiempo a mi esposa, mas el arcipreste y yo, en seguida nos encargamos de reconfortarla. Conseguimos tranquilizarla hasta que dejó de llorar. Yo le juré que nunca más le nombraría nada de aquello, pues no dudaba de su profunda honradez.

Así pues, quedamos los tres muy conformes.

Afortunadamente, he de deciros que, hasta el día de hoy, vivo bien.

Y, por fin desaparecieron mis inseparables adversidades y, aparecieron mis ansiadas fortunas.



OTROS LIBROS PUBLICADOS

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Atlas infantil de América del Sur

Mi primer viaje a las galaxias

Descubriendo a Mozart

Aventuras y desventuras de una gota viajera

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conciencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

Con nuestros libros queremos hacer una educación más divertida,

alegre y al alcance de todos.

¿Nos ayudas a conseguirlo?

<http://editorialweeble.com/colabora-con-nuestro-proyecto/>

Donate



EL LAZARILLO DE TORMES



© 2015 Editorial Weeble

Autora: María Jesús Chacón Huertas
Ilustraciones: David Hernando Arriscado

<http://editorialweeble.com>

Madrid, España, marzo 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>